

Introducción a la semana

Las primeras lecturas pertenecen a la primera carta de Juan. El tema de los primeros días es el amor, tan propio de la tradición joánica. Los evangelios de esos dos primeros días pertenecen a los evangelios de la Infancia según San Lucas. El jueves, es el último día del año civil. La Iglesia es consciente de ello y por eso la primera lectura, también de la primera carta de san Juan, se inicia "Hijos míos es la última hora", y aconseja cómo deben valorarse a sí mismos los cristianos y como han de actuar. El Evangelio del Prólogo del evangelio de San Juan expone el acontecimiento más relevante de la historia: El Verbo vino a los suyos. Los años discurren y han discurrecido antes y después de ese acontecimiento. El viernes es la solemnidad de Santa María Madre de Dios, la reflexión queda sustituida por la homilía de ese día.

Lun
28
Dic
2015

Evangelio del día

[Octava de Navidad](#)

Hoy celebramos: **Santos Inocentes (28 de Diciembre)**

“Dios es luz sin tinieblas ninguna ”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 1, 5 – 2, 2

Queridos hermanos:

Este es el mensaje que hemos oído de Jesucristo y que os anunciamos: Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y vivimos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero, si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado.

Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia.

Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros.

Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.

Salmo de hoy

Salmo 123, 2-3. 4-5. 7b-8 R/. Hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador

Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte,
cuando nos asaltaban los hombres,
nos habrían tragado vivos:
tanto ardía su ira contra nosotros. R/.

Nos habrían arrollado las aguas,
llegándonos el torrente hasta el cuello;
nos habrían llegado hasta el cuello
las aguas espumantes. R/.

La trampa se rompió,
y escapamos.
Nuestro auxilio es el nombre del Señor,
que hizo el cielo y la tierra. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 2, 13-18

Cuando se retiraron los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

«Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo».

José se levantó, tomó al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta:

«De Egipto llamé a mi hijo».

Al verse burlado por los magos, Herodes montó en cólera y mandó matar a todos los niños de dos años para abajo, en Belén y sus alrededores, calculando el tiempo por lo que había averiguado de los magos.

Entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías:

«Un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes;
es Raquel que llora por sus hijos
y rehúsa el consuelo, porque ya no viven».

Reflexión del Evangelio de hoy

«Hemos salvado la vida»

El salmo nos presenta la plegaria de los «pobres de Yahvé», que todo lo han perdido a excepción de la vida: asaltados por hombres cargados de ira, arrollados por las aguas, inmersos en trampas mortales, humillados.... Pobres ahora y desposeídos de todo, pero salvados. Han experimentado su propia debilidad y en ella también han experimentado su fuerza y, sobre todo, la fuerza de un Dios que ama, se preocupa por su pueblo y salva.

Con frecuencia, las dificultades y angustias de la vida nos hacen experimentar nuestra propia debilidad. Atrapados en trampas que nosotros mismos tejemos pedimos imposibles a la vida, esperando de ella lo que nosotros no somos capaces de darle. Y nos preguntamos, ¿por qué Dios lo permite? Hombres libres nos hizo y como hombres libres nos respeta y acompaña. Somos dueños de nuestras propias elecciones. A nadie hay que culpar. Pero Él sigue ahí y, al final, su soplo nos inspira hasta sacarnos de nuestras tribulaciones o, tal vez, nos inspira nuevas formas de afrontarlas, nosotros mismos. Por eso, siempre «nuestro auxilio es el nombre del Señor que hizo el cielo y la tierra.»

«Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto»

Recién nacido el niño, la familia de José, María y Jesús, ha de exiliarse por motivos políticos. Salen de su tierra, de forma rápida e inesperada. Dejan todo. El Hijo de Dios, Hijo de Israel, ha de experimentar el Éxodo. Y en el exilio, la Sagrada Familia experimentará el rechazo, la soledad, el rompimiento de la estabilidad del hogar y, tal vez, su primera crisis. La alegría que supone la llegada de un recién nacido, de golpe, en medio de la noche, se rompe. Hoy la lista de pequeños y mayores exiliados es larga. Algunos ya han olvidado lo que significan las palabras «casa», «familia», «país». Si aquello fue injusto, ¿por qué vuelve?

¿Y José? ¡Qué poco hablamos de él a veces! No «oyó» a Dios, sino que «tubo oídos para Dios» en medio de la noche, su propia noche en el alma. Creía en Dios y confiaba en él, aunque no entendiese nada. Nadie le habla del futuro: «levántate; huye; quédate allí». José era alguien totalmente disponible. Y actuó en consecuencia

¿Aprovechamos nuestros momentos de dificultad o de debilidad para salir fortalecidos y crecidos como cristianos y como personas o nos derrumbamos y esperamos que «otro» nos saque de ellos?

¿Cuál es nuestra actitud ante los exiliados del mundo de hoy: nos revelamos, nos hemos acostumbrado o pensamos que «no es nuestra culpa y nada podemos hacer»?

Oración:

Nada te turbe,
nada te espante
todo se pasa
Dios no se muda
la paciencia
todo lo alcanza
Quien a Dios tiene
nada le falta
Sólo Dios basta

(Teresa de Jesús)



Dña. María Teresa Fernández Baviera, OP
Fraternidad Laical Dominicana deTorrent (Valencia)

Hoy es: Santos Inocentes (28 de Diciembre)

Santos Inocentes

Mateo (2, 16-18), dentro del evangelio de la infancia de Jesús y con el estilo midrásico que caracteriza a los dos primeros capítulos de este Evangelio, refiere la muerte de los niños inocentes de Belén. Fue una consecuencia de la actitud de los magos de Oriente que, avisados en sueños, regresaron a su patria sin volver a Jerusalén conforme a la indicación que les había hecho Herodes. Éste, al verse defraudado, con la intención de hacer morir al nacido «Rey de los judíos», da orden de matar a todos los niños inferiores a dos años en Belén y su comarca.

La actitud de Herodes

No tenemos constancia de este episodio en las fuentes históricas extrabíblicas, que sólo refiere, entre los evangelistas, San Mateo. Pero sí de los numerosos y horrendos crímenes llevados a cabo por Herodes, ante los cuales sería de menor relevancia la muerte de los niños de Belén. Según el testimonio del historiador judío Flavio Josefo, hizo matar a las siguientes personas: a su yerno José; a Salomé; a Hircano II, sumo sacerdote; a Mariamme, asmonea, su mujer, a quien amaba extraordinariamente; a Aristóbulo, hermano de ésta; a Alejandra, hermana de éstos; a sus propios hijos, Alejandro, Aristóbulo y Antípatro (a éste, cinco días antes de su muerte); a Kostobaro, noble idumeo; a otra mujer llamada Salomé; a Bagoas y a todos los siervos que habían concebido esperanzas mesiánicas. Hizo encerrar en el anfiteatro de Jericó a todos los personajes importantes de la ciudad, dando orden de que fuesen muertos a flechazos el día de su muerte (lo que no se cumplió) (cf. Antq. XVII, 1, 1; 2, 4; 3, 3. De bello jud., 28, 6; 29, 1).

Macrobio (siglo V) recuerda las palabras de Augusto al saber que Herodes había mandado matar a su propio hijo: «Vale más ser el cerdo (hys) de Herodes que su hijo (huión)» (advierte que los judíos no comían carne de cerdo). J. Klausner, judío, profesor de la Universidad hebrea de Jerusalén, caracteriza la historia de Herodes como una historia de «matanzas, confiscación de propiedades, duros tributos y desprecio de la Ley... Gota a gota Herodes drenó la sangre de los judíos durante los treinta y tres años de su gobierno. Raramente pasaba un día sin que alguien fuese ajusticiado» (Jesús de Nazaret. Su vida, tiempos y enseñanza. Buenos Aires, Edic. Paidós, p. 144). Podemos concluir que «Herodes es el prototipo de todos los opresores que asesinan sólo por miedo a perder un ápice de poder. En los inocentes de Belén vemos una realidad que siglo tras siglo, década tras década, empaña la historia de la humanidad y se torna en rostros concretos, independientes de las razas o religiones... Los santos inocentes están vivos hoy y siguen mostrándonos sus rostros perseguidos» (P. I. Fraile Yécora).

La Iglesia venera a los Santos Inocentes como los primeros mártires que tuvieron que derramar su sangre a causa de Cristo. Dice San Agustín que con razón pueden considerarse como las primicias de los mártires los que, como tiernos brotes, se helaron al primer soplo de la «persecución», ya que perdieron su vida no sólo por Cristo, sino en lugar de Cristo (cf. De Sanctis. Sermo CCXX. PL 39. 2i52). Los santos padres celebran su martirio con grandes alabanzas. Su celebración litúrgica estuvo unida en el siglo IV con la fiesta del nacimiento de Cristo. En Occidente en el siglo V se asocia también a la de la Epifanía del Señor. Parece fue en ese siglo cuando se instituyó una conmemoración propia de los santos inocentes. En Roma y África se fijó como fecha de tal celebración el 28 de diciembre y en la liturgia moráabe el día 6 de enero.

Gabriel Pérez Rodríguez

Mar
29
Dic
2015

Evangelio del día

[Octava de Navidad](#)

“Mis ojos han visto a tu Salvador”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2,3-11:

Queridos hermanos:

En esto sabemos que conocemos a Jesús: en que guardamos sus mandamientos.

Quien dice: «Yo le conozco», y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud.

En esto conocemos que estamos en él.

Quien dice que permanece en él debe caminar como él caminó.

Queridos míos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que tenéis desde el principio. Este mandamiento antiguo es la palabra que habéis escuchado.

Y, sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo —y esto es verdadero en él y en vosotros—, pues las tinieblas pasan, y la luz verdadera brilla ya.

Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos.

Salmo de hoy

Salmo 95,1-2a.2b-3.5b-6 R/. Alégrese el cielo, goce la tierra

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre. R/.

Proclamad día tras día su victoria.
Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones. R/.

El Señor ha hecho el cielo;
honor y majestad lo preceden,
fuerza y esplendor están en su templo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2,22-35

Cuando se cumplieron los días de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.»

Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

«Ahora, Señor, según tu promesa,
puedes dejar a tu siervo irse en paz.

Porque mis ojos “han visto a tu Salvador”,
a quien has presentado ante todos los pueblos:

“luz para alumbrar a las naciones”

y gloria de tu pueblo Israel».

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, y dijo a María, su madre:

«Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».

Reflexión del Evangelio de hoy

Quien ama a su hermano permanece en la luz

La primera carta de Juan tiene como clave de referencia fundamental la consideración del AMOR como elemento único que nos permite discernir nuestra adhesión a Jesús, a su mensaje, a su estilo de vida.

Los versículos que hoy se nos presentan en la primera lectura podemos decir que lo ponen de manifiesto con claridad, aunque hemos de esperar casi hasta el final de la lectura para escucharlo explícitamente. Antes de llegar a ese punto el discurso gira en torno a los “mandamientos”.

Este lenguaje, que también utiliza el cuarto evangelio, pienso a veces que nos puede jugar una mala pasada. Hablar de mandamientos es hablar de obligaciones. Y vivimos en una sociedad poco amiga de aceptar mandatos, de sentirse obligada a cumplir normativas impuestas por otros.

Y tal vez no nos damos cuenta de que resulta imposible compaginar los términos entre los que nos movemos: amor y obligación son incompatibles. Lo sabemos todos por experiencia propia. Nadie puede obligarnos a amar y tampoco podemos nosotros obligar a nadie a que ame. El amor es, tal vez, el único reducto que le queda a la libertad humana.

Por eso, cuando en este contexto escuchamos la palabra mandamiento, tenemos que hacer el ejercicio de desvincularla de todo lo que supone una obligación, una imposición.

La lectura adecuada supone un abrir el oído y el corazón a lo que Jesús vive, propone e invita a vivir: un amor total, sin condiciones. Sabernos amados de esa manera posibilita que nuestro amor emerja desde lo más hondo de nosotros mismos. Y aunque ciertamente también sabemos que el amor tiene un precio (Jesús pagó el más alto precio posible por amar) nunca será una obligación sino la “cristalización” de un deseo que nace del amor que Dios nos tiene. Que pueda ser así en cada uno de nosotros.

Mis ojos han visto a tu salvador

La vida cotidiana de una familia judía del siglo I de nuestra era. Obligaciones rituales que debían cumplir tras el nacimiento de un hijo. ¡Purificación de la mujer! y “rescate” del hijo primogénito que se ofrecía al Señor.

Ritos acompañados de ofrendas materiales que hacían del Templo de Jerusalén “una casa de ladrones” como Jesús denunciará cuando sea adulto...

Pero José y María cumplen lo que está establecido con toda naturalidad, con la mejor de las voluntades, con el deseo de ser fieles al Señor.

De la misma manera, en esa casa del Señor que se presta a todo tipo de actividades ajenas al encuentro con Él, encontramos un personaje (mejor dos aunque en la lectura de hoy no aparezca) cuya vida, larga ya, se ha convertido en una espera pura, desinteresada y anhelante de la salvación que el Señor ha prometido. Y también esa realidad se da en el Templo.

Simeón y Ana han deseado tanto al Salvador, han escudriñado cada pequeño signo de su presencia a lo largo de tantos años, que han adquirido la capacidad de ver la LUZ de la salvación allá donde otros no ven nada. Y su vida se ve cumplida, plena, feliz, en el encuentro con un niño que externamente no ofrece ningún signo que pueda identificarlo con “aquel que ha de venir”.

Ojalá el deseo más profundo de nuestro corazón nos conduzca al encuentro con la salvación que viene a nosotros en la persona de un niño que no tiene nada, no puede nada...



Hna. Gotzone Mezo Aranzibia O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

Mié
30
Dic
2015

Evangelio del día

[Octava de Navidad](#)

“El Niño iba creciendo y robusteciéndose”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2, 12-17

Os escribo, hijos míos, porque se os han perdonado vuestros pecados por su nombre.

Os escribo, padres, porque conocéis al que es desde el principio.

Os escribo, jóvenes, porque habéis vencido al Maligno.

Os he escrito, hijos, porque conocéis al Padre.

Os he escrito, padres, porque ya conocéis al que existía desde el principio.

Os he escrito, jóvenes, porque sois fuertes y que la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al Maligno.

No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre. Porque lo que hay en el mundo —la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la arrogancia del dinero—, eso no procede del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, y su concupiscencia.

Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

Salmo de hoy

Salmo 95, 7-8a. 8b-9. 10 R/. Alégrese el cielo, goce la tierra

Familias de los pueblos, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor;
aclamad la gloria del nombre del Señor. R/.

Entrad en sus atrios trayéndole ofrendas.
Postraos ante el Señor en el atrio sagrado,
tiemble en su presencia la tierra toda. R/.

Decid a los pueblos: «El Señor es rey:
él afianzó el orbe, y no se moverá;
él gobierna a los pueblos rectamente». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2, 36-40

En aquel tiempo, había una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.

Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, Jesús y sus padres volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él.

Reflexión del Evangelio de hoy

Dios y “el mundo”

San Juan habla en la Primer Lectura, en un lenguaje paternal, lleno de ternura, de la diferencia entre lo espiritual y lo mundano, entendiendo por mundano lo que excluye a Dios, lo malo. A Dios lo llama “el Padre”; a lo mundano, “el mundo”. Así como el mundo es el hogar donde tenemos que vivir nuestra espiritualidad, lo mundano, lo opuesto a Dios y a su Reino, es incompatible con el Padre, que quiere que vivamos en el mundo sin contaminarnos con el mal.

¿Cómo sabemos que estamos entre los que amamos al Padre y, sobre todo, entre los que somos amados por él? San Juan, no sólo en esta Carta, sino en todos sus escritos, insiste en los detalles que marcan toda la diferencia, particularmente en el amor a los hermanos (Cfr. 1Jn 2,8-11). Lo contrario también se nota muy pronto; en general, todo lo que está en contra de la voluntad del Padre.

San Juan, nada más nacer Jesús, nos pide que no huyamos del mundo, que lo amemos, que lo trabajemos, que lo mejoremos, que lo liberemos; o sea, que imitemos, también en esto, a Jesús a medida que recordamos y celebramos sus parábolas, sus milagros, sus gestos, sus encuentros, su compasión y su misericordia. No importa que no todos piensen como nosotros y, por lógica, no actúen según criterios evangélicos. Nosotros, siempre con respeto y, al mismo tiempo, con determinación, a secundar los intereses del Reino, a dejarnos llevar por el Espíritu. Y, siempre que podamos, a provocar, con respeto, repito, para que los que no piensan como nosotros lleguen a interpelarse y preguntarse el porqué de nuestra vida y conducta, facilitándoles que puedan llegar a la Buena Noticia del Evangelio.

Ana en el Templo. Jesús en Nazaret

Esta bondad y sencillez de vida que nos pide Juan es la que practicaba Ana en el Templo y Jesús en Nazaret. De entrada, impresiona contemplar a Jesús, niño todavía, llevado por José y María al encuentro de Dios; según los parámetros humanos, al Templo, donde oficialmente se encontraba su Padre Dios. Allí, entre la muchedumbre que, como ellos acude a presentar a sus hijos, José y María se confunden con “unos más”, de tal forma que Jesús, el Hijo de Dios, puede acudir de incógnito a la primera cita con su Padre. Aunque, no del todo, porque unos ancianos, quizá porque nadie se fija en ellos, logran la clarividencia y el discernimiento del Espíritu para ver al niño que todos veían, no sólo como un niño más, sino como el Niño esperado por los siglos y por ellos. Todos ven lo mismo, pero sólo el Espíritu en Simeón y en Ana distingue al Mesías.

Este discernimiento no se improvisa. Es cierto que el Espíritu obra y actúa donde quiere, como quiere y cuando lo cree oportuno; pero el Espíritu no es caprichoso. Actúa cuando se le deja actuar. Y, tanto Simeón, como vimos ayer, como Ana, hoy, tienen una mirada limpia, fruto de un corazón más limpio todavía; no tienen prejuicios sobre cómo tiene que ser el Mesías y dónde y cómo tiene que hacerse presente, como tenían los fariseos, escribas y sacerdotes. Ana y Simeón oran con fe y esperan con confianza absoluta en Dios. Y Dios no les falló, y su alegría fue tan inmensa que Simeón prorrumpió en un hermoso canto que todavía repetimos nosotros, y Ana “daba gracias a Dios y hablaba del Niño a todos los que esperaban la liberación de Israel”.

¿Qué prevalece en nuestra oración, la acción de gracias, como en Ana, o la petición de lo que creemos necesitar?

Ante un Jesús a quien vemos crecer en todo, incluso en gracia, ¿cómo va nuestro desarrollo? ¿Crecemos o nos mantenemos?



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Jue

31

Dic

2015

Evangelio del día

[Octava de Navidad](#)

“¡Alégrense el cielo goce la tierra!”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2, 18-21

Hijos míos, es la última hora.

Habéis oído que iba a venir un anticristo; pues bien, muchos anticristos han aparecido, por lo cual nos damos cuenta que es la última hora.

Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros. Pero sucedió así para poner de manifiesto que no todos son de los nuestros.

En cuanto a vosotros, estáis ungidos por el Santo, y todos vosotros lo conocéis.

Os he escrito, no porque desconozcáis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira viene de la verdad.

Salmo de hoy

Salmo 95, 1-2. 11-12. 13 R/. Alégrese el cielo, goce la tierra

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre,
proclamad día tras día su victoria. R/.

Alégrese el cielo, goce la tierra,
retumbe el mar y cuanto lo llena;
vitoreen los campos y cuanto hay en ellos,
aclamen los árboles bosque. R/.

Delante del Señor, que ya llega,
ya llega a regir la tierra:
regirá el orbe con justicia
y los pueblos con fidelidad. R/.

Evangelio del día

Comienzo del santo evangelio según san Juan 1, 1-18

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios.

Él estaba en el principio junto a Dios.

Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho.

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió.

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan:

éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él.

No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz.

El Verbo era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre, viniendo al mundo.

En el mundo estaba;

el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció.

Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron.

Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre.

Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne,

ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios.

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo».

Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia.

Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos ha llegado por medio de Jesucristo.

A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Reflexión del Evangelio de hoy

Estáis ungidos por el Santo

¿En este último día del año 2015 podemos decirle al cielo, a la tierra y a todo lo que ellos contienen que se alegren? Sí, apoyados en nuestra fe en Jesucristo Señor de la historia, podemos decirle al mundo y a nuestro propio corazón: ¡Alégrate! Aunque de momento estés sufriendo, o cansado, o solo, o triste, o insatisfecho... ¡Alégrate!

Es verdad que de entre "nosotros", de los que constituimos la gran familia humana, han salido hombres y mujeres que usan el poder para enriquecerse, a sus hermanos para negociar con sus cuerpos, a Dios para matar en su nombre; sin embargo como la riqueza de la misericordia es infinita, continúa ungiendo con su Santo a sus elegidos y les sigue dando a conocer la verdad. La Unción del Espíritu y La Verdad, que es su Unigénito, son el tierno abrazo del Padre que quiere que todos nos convirtamos y lleguemos a vivir la felicidad de ser hijos suyos y hermanos de todos los hombres sin distinción. Puede que no sintamos esa alegría ni el abrazo que la contagia. ¡Creémoslo, renovemos la fe en su Palabra, dejemos que su Unción nos penetre e impregne la mente y el corazón, y poco a poco la alegría del Santo aflorará en nuestros rostros y en toda nuestra vida!

La Palabra es la Luz que alumbraba a todo hombre

La Palabra que es Dios, que estaba junto a Dios, que lo hizo todo, que es vida, que se hizo hombre y acampó entre nosotros, Jesucristo, Él es la Luz que alumbra a todo hombre. Él realiza con cada ser humano el camino que describe el Prólogo, sale del Padre se acerca a la vida de cada uno de los suyos y nos pide que lo recibamos y creamos en él. Si aceptamos recibirle, ese encuentro cambia totalmente la vida; sana, transforma e integra al mismo tiempo toda nuestra persona. En el trato asiduo y perseverante con Él vamos adquiriendo “su mente” (1Co. 2, 16), sus sentimientos (Filp. 2,5). A vivir como Él vivió (1Jn 2, 6).

Esta Palabra que es Luz nos va gestando como hijos de su Padre y hermanos de todos en Él mismo; es un proceso largo que dura todos nuestros días, la vida entera ¡Él tiene paciencia!... Hasta que llega el momento de darnos a luz para la eternidad. Esta es la causa de nuestra alegría: ¡Dios nos ama y está empeñado en hacernos entrar en su intimidad! Está empeñado en que hagamos lo mismo que Él hizo, que saliendo del corazón del Padre, con Él y en su Espíritu, nos entreguemos enteros por la salvación de todos!



Monjas Dominicanas Contemplativas
Monasterio Stma. Trinidad y Sta. Lucía (Orihuela)

El día **1 de enero de 2016** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).

Sáb
2
Ene
2016

Evangelio del día

[Octava de Navidad](#)

Hoy celebramos: **San Basilio y San Gregorio (2 de Enero)**

“En medio de vosotros hay uno que no conocéis”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2, 22-28

Queridos hermanos:

¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ese es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo tampoco posee al Padre. Quien confiesa al Hijo posee también al Padre.

En cuanto a vosotros, lo que habéis oído desde el principio permanezca en vosotros. Si permanece en vosotros lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre; y esta es la promesa que él mismo nos hizo: la vida eterna.

Os he escrito esto respecto a los que tratan de engañaros. Y en cuanto a vosotros, la unción que de él habéis recibido permanece en vosotros, y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero como su unción os enseña acerca de todas las cosas —y es verdadera y no mentirosa—, según os enseñó, permaneced en él.

Y ahora, hijos, permaneced en él para que, cuando se manifieste, tengamos plena confianza y no quedemos avergonzados lejos de él en su venida.

Salmo de hoy

Salmo 97, 1bcd. 2-3ab. 3cd-4 R/. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas.
Su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R/.

El Señor da a conocer su salvación,
revela a las naciones su justicia.
Se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. R/.

Los confines de la tierra han contemplado
la salvación de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 19-28

Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a que le preguntaran:

«¿Tú quién eres?»

Él confesó y no negó; confesó:

«Yo no soy el Mesías».

Le preguntaron:

«¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?».

Él dijo:

«No lo soy».

«¿Eres tú el Profeta?».

Respondió: «No».

Y le dijeron:

«¿Quién eres, para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?».

Él contestó:

«Yo soy la voz que grita en el desierto: "Allanad el camino del Señor", como dijo el profeta Isaías».

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron:

«Entonces, ¿por qué bautizas si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?».

Juan les respondió:

«Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia».

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

Reflexión del Evangelio de hoy

Quien confiesa al Hijo posee también al Padre

A los que se oponen a Cristo de una u otra manera la carta de Juan los califica de anticristos, ya que manifiestan una fe insuficiente al no aceptar la encarnación del Hijo de Dios. En esta categoría se incluyen también aquellos que confunden a Cristo con el propio pensar y querer, como si Cristo fuera una realidad a diseñar al capricho de nuestra semejanza. Porque no pocas veces diseñamos un Dios que no tiene que ver nada con la Palabra hecha carne, con la Palabra que nos sumerge en el misterio de amor redentor y en la experiencia de un Dios que es Padre enamorado de todos sus hijos. Y el texto nos dice que negar al Hijo es negar al Padre, pues éste no puede darse desconectado de quien nos lo ha dado a conocer acampando entre nosotros. Los caminantes y seguidores de Jesús tomamos buena nota de este texto para estar más identificados cada día con el Padre y el Hijo, animados por el Espíritu; somos, en esencia, escuchadores de la Palabra y, en la acogida de la misma, perfilamos nuestra vocación cristiana. Por ahí debe discurrir nuestra experiencia de seguidores del Maestro.

En medio de vosotros hay uno que no conocéis.

Juan es un privilegiado testigo que da testimonio de la luz para que el camino de la fe quede expedito para todos los buscadores del rostro de Dios. Testigo excepcional que se autoasigna palabras del profeta Isaías (voz del que clama en el desierto...) para que el misterio de Jesús sea conocido y disfrutado por Israel, el pueblo de la larga espera. Claro está que Juan no es el Mesías ni desarrolla ningún cometido mesiánico, ni nada que se le parezca; Juan es la añeja voz de los profetas que actualiza el encanto de las promesas, que tanta esperanza suscitan. Entonces ¿por qué bautiza él?, le preguntan. Porque aquí está solo para preparar la venida del Señor –conversión ante Dios que vendría pronto a fortalecernos con el Espíritu Santo-. El argumento central de su mensaje es su certeza en Cristo que viene, indudable experiencia de fe. El Mesías no tardará en llegar, por eso lo más importante es permanecer atentos y, por el Espíritu, identificar a Aquel que viene; si así no fuera, perderíamos la mejor oportunidad de caminar en la luz y en la verdad.

Recordamos a dos grandes amigos, San Basilio Magno y San Gregorio Nacianceno, que compartieron, amén de la fe, formación, vida retirada en el desierto y episcopado, allá en el siglo IV; de los dos tenemos constancia de su rico y comprometido servicio al Pueblo de Dios por el camino de la espiritualidad monástica y de la teología.

¿Hacemos autocritica de lo que expresamos cuando decimos Dios?

Como Pueblo de Dios ¿seguimos con fidelidad el guión según el cual somos solo voz de la Palabra que salva?



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

San Basilio y San Gregorio

San Basilio de Cesarea

Cesarea de Capadocia, 330 - Cesarea, 1-enero-379

Suele situarse el nacimiento de San Basilio en el año 330, el mismo en que el emperador Constantino el Grande inauguraba la nueva Roma, Constantinopla. Nace Basilio en Cesarea de Capadocia, metrópoli civil y religiosa situada casi en el Centro-Oeste de Asia Menor, donde se juntaban los caminos que desde Bizancio y la costa occidental conducían a Armenia. Llamada antes Mazaca, luego Tiberia, Cesarea corresponde a la actual Kayseri.

La familia en que nace Basilio está ya marcada por las dos características que de manera eminente destacarán en ella: la fe cristiana y el amor a la cultura griega.

Formación: familia y escuelas

Sin duda, el primer maestro de Basilio fue su padre, Basilio el Viejo, quizás en la misma casa de la abuela en Neocesarea o en sus alrededores. [...] Ya adolescente, pasa a las escuelas de Cesarea, donde es muy probable que tuviera como maestro al neoplatónico Eustacio y donde conoció a Gregorio de Nacianzo. Pero su padre quería para el hijo la mejor formación e instrucción, y lo envió a estudiar primero en las escuelas de Constantinopla y luego en las de Atenas, donde permanecerá cuatro años. Aquí se encuentra de nuevo con su paisano Gregorio de Nacianzo, y entre los dos nace una amistad, fundada en la comunión de ideas y de ideales, tan estrecha que el mismo Gregorio la definirá como «un alma en dos cuerpos», llegará a ser referente obligado para definir la verdadera amistad. Basilio y Gregorio frecuentaron juntos las mismas clases y los mismos maestros, principalmente, según el historiador Sócrates, el pagano Himerio y el cristiano Proheréseo.

Cristiano, anacoreta y monje

Su larga, rica y esmerada preparación no fue, sin embargo, para él más que un enriquecimiento de su vivencia de la fe cristiana, pese a su condición de catecúmeno. No obstante, cuando el año 355 regresó a Cesarea y se dedicó a la enseñanza de la Retórica, durante algún tiempo padeció el sarampión de orgullo y vanidad propio de todo joven profesor. Pero pronto hicieron mella en él las reconvenciones de su hermana Macrina y los embates de la gracia divina, e inició un proceso de conversión que le llevó a pedir el bautismo, que recibió de manos del obispo de Cesarea, Dianio. El bautismo, pues, fue la consciente decisión personal que coronaba con toda normalidad una larga y profunda educación en la fe dentro de un fervoroso ambiente familiar.

Como expone en su carta al maestro espiritual y amigo de la familia, figura importante en la historia del monacato de Asia Menor, Eustacio de Sebaste, apenas recibido el bautismo. Basilio vio acrecentarse en él el deseo —que ya le había apuntado en Atenas— de abrazar la vida monástica, y quiso explorar y estudiar sus distintas formas. Eustacio había orientado ya hacia ella a la madre, Enmelia, y a la hermana, Macrina, pero Basilio quería conocer personalmente otras experiencias y se embarcó en un largo viaje, ansioso siempre de hallar los mejores modos de practicar la vida ascética. El itinerario parece que se lo fue marcando, sin saberlo, el propio Eustacio, a cuya zaga, sin alcanzarlo, fue Basilio visitando los monasterios de Alejandría y del resto de Egipto de Palestina, Siria, Celesiria y Mesopotamia. Así transcurrieron unos dos años.

A resultas de esta peregrinación, estableció su retiro en un lugar llamado Anisa (o Anesis), a orillas del Iris, cerca de Neocesarea, en una posesión familiar que Basilio consideró apropiadísima para realizar su ideal de vida ascética y que describe en términos de entusiasta lirismo a su amigo Gregorio de Nacianzo. Pero no lo hace por simple prurito literario o como ejercitación escolar. Basilio comienza allí su generosa y total entrega a la vida anacorética, que pronto se convertirá, y ya para siempre, en cenobítica. Y sintiéndose plenamente realizado, invita a su entrañable amigo a que le acompañe en esta nueva aventura. Gregorio, que también sentía inclinación por la vida contemplativa, aceptó, y juntos se entregaron a la vida monástica y al estudio. Pero Gregorio no resiste el ritmo y las exigencias de aquella vida y, ayudado por la nostalgia de los suyos, no tarda en regresar a su tierra.

El año 364, el nuevo obispo de Cesarea, Eusebio, ordenaba de presbítero a Basilio y le convertía en su colaborador. Sin duda esta colaboración fue particularmente eficaz en el cuidado de los pobres, ancianos, viajeros, etc., sobre todo con motivo de la hambruna que en torno al año 368 se abatió sobre Capadocia, tal como da a entender en sus cartas 27 y 31. [...]

Obispo de Cesarea

El año 370 moría Eusebio, su obispo, y dada la importancia de Cesarea como metrópoli de Capadocia y del Ponto, no era fácil la elección de sucesor, sobre todo teniendo en cuenta el interés que, avalados por el emperador Valente, manifestaban los arrianos por apoderarse de esta sede. Pero se adelantaron los ortodoxos, encabezados por el viejo obispo de Nacianzo, Gregorio, el padre del gran amigo, y llamaron a Basilio como sucesor de Eusebio.

Siguiendo su anterior actuación como presbítero, Basilio comenzó su episcopado poniendo como preocupación prioritaria del mismo la atención a los más pobres y desheredados, preocupación que no abandonará nunca. Rondaba los cuarenta años cuando recibió el episcopado y se hallaba, por tanto, en la plenitud de sus fuerzas y posibilidades, que él empeñó al servicio de los pobres. Sin duda él es uno de los primeros entre los grandes organizadores de la caridad cristiana. En los alrededores de Cesarea construyó un enorme complejo hospitalario, con dos finalidades: sanitaria una, para atender a los enfermos, con todo un equipo de médicos, de enfermeros y de auxiliares, con viviendas propias dentro del complejo; y otra de hospitalidad, para recibir y alojar debidamente a peregrinos y a pobres sin techo, sobre todo ancianos. El complejo, casi una verdadera ciudad, recibió de la gente el nombre de «Basilíada».

Maestro de la fe católica

El panorama de la Iglesia en Oriente era desolador. Al amparo del emperador arriano Valente, los obispos arrianos acaparaban las sedes más importantes, incluida Constantinopla, y, como dice San Jerónimo, parecía que el mundo entero se había vuelto arriano. Hasta el gran amigo y maestro de Basilio en la vida monástica, Eustacio de Sebaste, se pasó al bando de los macedonianos, siendo este caso, quizás, lo que más le hizo sufrir a Basilio en sus últimos años. Para refutar adecuadamente a los arrianos, [escribió varias obras]. Dos obras de contenido dogmático —Contra Eunomio y Sobre el Espíritu Santo— tienen una proyección universal y se orientan al diálogo teológico. Las Homilias y Sermones miran sobre todo a la acción pastoral con la propia grey, para suscitar, mantener, purificar y acrecentar la fe en su diócesis y en toda Capadocia. En su extensa correspondencia epistolar con toda clase de gente y sobre toda clase de temas y asuntos, Basilio abre su corazón de padre a todos cuantos a él acuden, sin discriminaciones, pero sobre todo dialoga con los representantes de la mayor parte de las Iglesias y de todos los partidos, pues estaba convencido de que las dificultades doctrinales de la Iglesia no se podían solucionar más que con miras ecuménicas y con gestos y actitudes dialogantes, flexibles, desde la humildad, «ya que no es cuestión de devanarse los sesos con asuntos que escapan a nuestro conocimiento».

Hombre de Iglesia, padre del monacato

De su siempre viva solicitud por la vida monástica, por la que nunca dejó de suspirar al verse privado de ella, dan fe sus diversas y sucesivas elaboraciones y redacciones de sus Reglas monásticas, que tan profundamente han marcado a todo el monacato posterior, tanto oriental como occidental.

El 9 de agosto del 378 moría en la batalla de Adrianópolis en Tracia el emperador Valente, y la marcha de la recuperación de la fe nicena, gracias a la orientación de Basilio, iba ganando cada vez más terreno, y con la llegada de Teodosio al trono se abrían mejores perspectivas para toda la Iglesia.

Pero Basilio no pudo disfrutar mucho tiempo de lo que en gran parte era fruto maduro de su persistente trabajo. Nunca había gozado de buena salud, y su cuerpo debilitado no pudo al final resistir las exigencias y la fuerza explosiva de su ardorosa alma y moría, según todos los indicios, el 1 de enero del año 379, en la plenitud de la edad. Apenas si llegaba a los cincuenta. Once años antes, en carta consolatoria a la Iglesia de Neocesarea por la muerte de su obispo Musonio, queriendo describir a éste, nos dejó su propio retrato: «Ha muerto un hombre que sobrepasó de la manera más clara a sus coetáneos por todas sus cualidades reunidas: sostén de su patria, ornamento de las iglesias, pilar y basamento de la verdad, fundamento de la fe en Cristo, seguridad de los suyos, imbatible para sus enemigos, guardián de las leyes de nuestros padres, enemigo de toda innovación y manifestación visible de la antigua figura de la Iglesia». [...] Su hermano Gregorio de Nisa y su amigo Gregorio de Nacianzo, en sendos elogios fúnebres, se hicieron eco del sentir común de las Iglesias, proclamaron su santidad y le llamaron «El Grande, Magno». Recordemos unas palabras del amigo, hacía el final de su elogio fúnebre: «Yo creo que las viudas harán el elogio de su protector; los mendigos, el del amigo de los mendigos; los extranjeros, el del amigo de los extranjeros; los hermanos, el amigo de sus hermanos; los enfermos, el de su médico, sin que importe de qué enfermedad ni de qué medicina; los que gozan de buena salud, el del guardián de su salud; y todos, el de aquel que se hizo todo para todos, para ganar a todos o a casi todos».

Argimiro Velasco Delgado, O.P.

San Gregorio de Nacianzo

*Obispo y doctor de la Iglesia
Arianzo (Capadocia), 330/339 - Arianzo, 390*

San Gregorio de Nacianzo nació entre los años 330 y 339, muy probablemente en Arianzo, Noroeste de Capadocia, lugar en que su familia tenía buenas posiciones, o en la misma Nacianzo, vecina, donde era obispo su padre, al que se conoce como Gregorio el Viejo. Éste no provenía de familia cristiana, Pertenece a la secta llamada de los hipsistarios (adoradores del Hysistos o Altísimo), medio judía y medio pagana, de la que se apartó a la vez que se acercaba al cristianismo, gracias al influjo de su esposa Nona. Rondaba ya por los cuarenta y cinco años cuando se convirtió al cristianismo, hecho que, al parecer, coincidió con el paso por Nacianzo de muchos obispos orientales que se dirigían al Concilio de Nicea, por tanto el año 325. Todos le apreciaban, tanto que, al cabo de solamente cuatro años, al quedar vacante la sede episcopal de Nacianzo, los obispos de Capadocia, de acuerdo con los fieles, le eligieron a él como obispo, hecho bastante frecuente durante el siglo IV.

[...] Terminados los estudios en Nacianzo, marchó a proseguir su formación, sucesivamente, en Cesarea de Capadocia, donde tuvo su primer contacto con San Basilio, en Cesarea de Palestina, en Alejandría y, finalmente, en Atenas.

Compañero de San Basilio

A su larga estancia en Atenas le debe Gregorio su extenso y perfecto conocimiento de la cultura griega y su formación literaria. [...] Ya de regreso en Nacianzo, Gregorio dio buenas pruebas de haber adquirido gran competencia en retórica, pero en su Autobiografía ha dejado también constancia de sus dudas y vacilaciones, pues su anhelo profundo seguía siendo el de llevar una vida genuinamente ascética y contemplativa, con las renunciaciones consiguientes, aunque no al estudio, pues también anhelaba con idéntica fuerza interior conocer a fondo la Sagrada Escritura. Fue en esta época, cuando recibió el bautismo, de manos de su padre.

Secundando la llamada de Basilio, se retiró con éste a la soledad de Anisa, donde se ejerció en la vida ascética y a la vez colaboró con Basilio en la composición de la Filocalia, a base de extractos de las obras de Orígenes, y sin duda influyó no poco en la elaboración de las primeras redacciones de las Reglas monásticas. Pero pronto se impuso a su sensibilidad casi enfermiza la nostalgia de la acción y del afecto familiar, quizás disfrazado de piedad para con sus ancianos padres, y regresó a Nacianzo.

Lo cierto es que su padre, por los achaques de la edad, sentía la necesidad de un colaborador que le ayudara en sus tareas pastorales. Y en una de las fiestas de finales del 361 o de comienzos del 362, ordenó de sacerdote a Gregorio, sin atender a las protestas de éste que, sin embargo, por su tímido y frágil carácter, cedió. [...] Diez años transcurrieron mientras Gregorio ejercía eficazmente su sacerdocio junto a su padre, cuya capacidad iba disminuyendo con la edad, por lo que su responsabilidad fue también acrecentándose.

Obispo de Sasima y de Nacianzo

El emperador Valente, sucesor de Juliano en el imperio, resultó ser un decidido protector de los arrianos, y el año 371, por razones políticas, pero también con el fin de debilitar la fuerza de la ortodoxia nicena en Capadocia, muy pujante bajo la égida del obispo de Cesarea, Basilio, dividió en dos la Gran Capadocia. La nueva situación y las pretensiones de Antimo, el obispo de Tiana, la nueva capital de la Segunda Capadocia, obligaron a Basilio, metropolitano de Cesarea, a reforzar su parte, y para ello confió a Gregorio la nueva sede creada en Sasima, pequeña pero de mucha importancia estratégica como encrucijada de caminos y nudo de comunicaciones.

De esta manera resultó que también el episcopado se le impuso a Gregorio casi a la fuerza, por razones de política eclesiástica, aunque tampoco esta vez supo decir que no, y fue consagrado poco antes de la Pascua del 372. El año 374, morían los padres, Gregorio el Viejo y Nona, con poco tiempo de intervalo. A instancias de los obispos de la provincia, con Basilio en cabeza, Gregorio aceptó la carga de administrar la sede naciancena, pero sólo como medida provisional, hasta que se hallase el titular sucesor de su padre. Es lo que ocurrió justamente a la muerte del emperador Valente en la batalla de Adrianópolis contra los godos, el 9 de agosto del 378. Al tomar el mando como Augusto del Oriente el español Teodosio, de confesión ortodoxa, el 19 de enero del 379, las perspectivas de la fe nicena cambiaron por completo, pues el socio de Occidente, Graciano, también defendía la ortodoxia. Por si fuera poco, el primero de ese mismo mes y año, consumido por la enfermedad y el ejercicio incansable de su caridad pastoral, moría el gran amigo Basilio.

Al frente de la iglesia de Constantinopla

Ocurría también que en la gran metrópoli, Constantinopla, los arrianos, apoyados por Valente hasta entonces, al cabo de casi cuarenta años habían logrado apoderarse de todas las iglesias de la ciudad y seducir a la gran mayoría de la población, hasta el punto de que los católicos ortodoxos habían quedado reducidos a un pequeño grupo, sin local para el culto y sin pastor para sus almas. Pero, ante la nueva realidad política, tuvieron la osadía de buscar y tratar de convencer a Gregorio para que, dejadas de lado sus persistentes repugnancias, se hiciera cargo de la dirección de la pequeña pero fiel comunidad de Constantinopla. Y una vez más se sobrepuso a sí mismo y aceptó. [...]

Fue enorme el esfuerzo y el sufrimiento de Gregorio para recobrar Constantinopla y devolverla a la fe ortodoxa, y enorme también la repercusión que en este sentido tuvieron sus cinco discursos teológicos pronunciados en el verano de 380, en los que expuso, con claridad y hondura, la doctrina ortodoxa sobre el misterio de la Trinidad, para instrucción de su grey y refutación de arrianos, eunomianos, macedonios y apolinaristas. En estos discursos alcanza su cima el pensamiento teológico de Gregorio, y le merecieron el sobrenombre de «El Teólogo».

El 24 de noviembre del mismo 380, entró en Constantinopla el emperador Teodosio, después de su victoriosa campaña contra los godos, y en seguida obligó a los arrianos a devolver a los ortodoxos todas las iglesias, desterró al obispo arriano, Demófilo, y el 27 de noviembre entronizó solemnemente a Gregorio en la emblemática basílica de los Santos Apóstoles, esperando, sin duda, que su iniciativa sería aceptada por las autoridades eclesiásticas pertinentes.

[En ese momento el emperador consideró oportuno convocar un Concilio y] a fines del 380 o comienzos del 381, promulgó el decreto que convocaba a los obispos de Oriente a reunirse en Constantinopla.

El Concilio de Constantinopla

Se congregaron unos 150 en total, y entre ellos los hermanos de Basilio —Gregorio de Nisa y Pedro de Sebaste—. Melecio de Antioquía, Cirilo de Jerusalén y Anfiloquio de Iconio, el primo de Gregorio y amigo de Basilio, que, sin ser una eminencia, fue un excelente colaborador. La presidencia del concilio recayó en Melecio, el obispo más antiguo. Y con él comenzaron las sesiones de un concilio de Oriente que, sin embargo, pasaría a la Historia como el segundo Concilio Ecuménico. Efectivamente, en él se condenó una vez más al arrianismo, y se añadió la condena de los pneumatómacos -eunomianos y macedonios-, de los apolinaristas y de los sabelianos.

Solucionados los problemas doctrinales, los padres conciliares se ocuparon de revalidar la elección del obispo de Constantinopla. Con total unanimidad rechazaron por inválida la supuesta elección del intrigante Máximo y reconocieron como obispo legítimo a Gregorio de Nacianzo, tras de lo cual Melecio le entronizó oficialmente. Pero a finales de mayo, murió este anciano obispo de Antioquía, y Gregorio, presidente ahora del concilio, creyó llegado el momento de poner fin al escandaloso cisma de Antioquía, y como sucesor propuso a Paulino, el contrincante, rechazado hasta entonces como ilegítimo, y que no se hallaba presente. La oposición a esta candidatura fue realmente violenta, e hirió profundamente la sensibilidad temperamental de Gregorio. Por si esto fuera poco, llegaron, por fin, al concilio los obispos de Egipto, con el patriarca Timoteo de Alejandría en cabeza, y los obispos de Macedonia. Apenas incorporados a las sesiones, inmediatamente se declararon contrarios a la elección que los conciliares habían hecho de Gregorio para la sede de Constantinopla, y alegaban el canon XV de Nicea, que prohibía trasladar de sede a un obispo, y Gregorio, naturalmente, era obispo de Sasima. El asunto se agravó porque el papa Dámaso, opuesto a la elección del «cínico» Máximo, se declaró, no obstante eso, conforme con la postura de los alejandrinos, los cuales llegaron hasta negarse a asistir a la liturgia oficiada por Gregorio.

Realmente hacía mucho tiempo que dicho canon no estaba vigente, si alguna vez se cumplió, y por otra parte, realmente también, Gregorio nunca había tomado posesión de Sasima ni había puesto en ella el pie, y de Nacianzo tampoco fue nunca titular. La defensa, pues, no era difícil. Pero Gregorio, cansado y hastiado de tanta política, no quiso luchar para sobreponerse a lo que consideraba dos fracasos morales, y así tomó una decisión inquebrantable, noble y a la vez tremendamente apasionada: renunciar a su cargo, tan apetecido por tantos, dejar vía libre para la elección de otro candidato y retirarse definitivamente a su amada y añorada soledad.

En el discurso de adiós a sus fieles, volcó toda la ternura y emoción de su alma sensible, toda la amargura de su desconsuelo ante la insensatez de los humanos y toda la esperanza que depositaba en la nueva etapa de su vida: «Elegíis otro. un hombre que agrade a la muchedumbre. A mí dadme la soledad, el campo y Dios, el único a quien agradaremos con nuestra indignidad».

[...] Así, pues, de inmediato y sin esperar el final del concilio, se marchó de Constantinopla y se retiró a Arianzo, para, como él mismo dice en sus Cartas, reponer su quebrantada salud y sobre todo recuperar la necesaria calma interior después de tan agitados y dolorosos avatares.

Gregorio murió, casi con toda seguridad, el año 390, en su retiro de Arianzo. Su influjo fue enorme en todo el Oriente, que le veneró como uno de los Tres Grandes (con San Basilio y San Juan Crisóstomo). Su pneumatología (doctrina sobre el Espíritu Santo) y su cristología fueron decisivas para el posterior desarrollo teológico y dogmático.

Su culto se extendió rápidamente por todo Oriente, y su fiesta se celebró en Oriente el 25 de enero.

Argimiro Velasco Delgado, O.P.

El día **3 de enero de 2016** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).